

LITERATURA, RELIGIÓN Y POLÍTICA EN FRANCIA EN EL SIGLO XIX: ALFRED DE VIGNY

POR

ESTANISLAO CANTERO

*En recuerdo del Coronel José
Manuel de las Rivas, que me habló
de Vigny, y al General Auditor
Ignacio de las Rivas.*

Alfred de Vigny (1797-1863), tanto por la ascendencia paterna como por la materna (Baraudin), pertenecía a una antigua y pequeña nobleza provinciana, arruinada por la Revolución (1). Por línea paterna, François Vigny fue ennoblecido por Carlos IX y por la materna, Emmanuel Baraudin lo fue por Francisco I (2). Su padre, que por la edad podría haber sido su abuelo –tenía sesenta años cuando nació su hijo–, mutilado de guerra y “francmasón que siguió siendo volteriano” (3), vivía en la nostalgia del Antiguo Régimen que, en cierto modo, le transmitió a su hijo mediante las historias que le relataba, y, aunque carente de fortuna, le quedó lo suficiente para que la familia pudiera vivir, austeramente, sin necesidad de trabajar. Su madre, cuarenta años mayor que su hijo, se

(1) Si se ha de creerle, su abuelo paterno “era inmensamente rico en tierras”, Alfred de VIGNY, “Carta a Auguste Brizeux, de 2de agosto de 1831”, en *Correspondance d’Alfred de Vigny* (Dirección de Madeleine Ambrière), Pesses Universitaires de France, París, 1991, tomo 2 (agosto 1830-septiembre 1835), pág. 87.

(2) Léon SECHE, *Alfred de Vigny*. I, *La vie littéraire, politique et religieuse*, Mercure de France, París, 1913, pág. 30.

(3) Gonzague SAINT BRIS, *Alfred de Vigny ou la volupté et l’honneur*, Grasset, París, 1997, pág. 74.

encargó de su educación religiosa (4), y de ella se ha dicho que, también más volteriana que católica, con los años se hará jansenista y transmitirá a su hijo la necesidad de “tener” una religión (5). Todavía son célebres sus “consejos a mi hijo”, de febrero de 1815, en los que le insistía en la importancia de vivir conforme a principios verdaderos (6). Hizo su primera Comunión (7) y se ha insinuado, aunque sin datos suficientes, que pudo ser la última (8). Estudió en París, en la burguesa y elitista pensión Hix, donde fue objeto de burla por sus compañeros a costa de su origen aristocrático, y en el liceo Bonaparte.

Con el regreso de los Borbones apeló a su origen noble para obtener una plaza como oficial en el nuevo ejército, lo que consiguió. Impelido a la carrera de las armas tanto por el ambiente familiar como por el generado por la gloria de las campañas napoleónicas, fue militar sin auténtica vocación (9). De hecho, quien había anotado en su *diario*, en 1830, que “el Ejército es algo deplorable” (10), fue, como destacó Vigón, un “detractor de la milicia”, contrario a las virtudes castrenses que ignoraba o tergiversaba (11). La frustración y el resentimiento por no haber ido más de prisa en el escalafón, a lo que creía que tenía derecho (12), así como el des

(4) L. SECHE, *Alfred de Vigny*. II, *La vie amoureuse*, Mercure de France, París, 1913, págs. 7-19.

(5) G. SAINT BRIS, *Alfred de Vigny ou...*, ed. cit., págs. 74-76.

(6) Madeleine AMBRIÈRE, Nathalie BASSET, Loïc CHOTARD y Jean SANGNIER, *Alfred de Vigny et les siens. Documents inédits. Introduction à la correspondance d'Alfred de Vigny*, Presses Universitaires de France, París, 1989, págs. 177-184.

(7) Alfred de VIGNY, *Mémoires inédits. Fragments et projets*, edición de Jean Sangnier, Gallimard, París, 1958, pág. 70.

(8) Nicole CASANOVA, *Alfred de Vigny. Sous le masque de fer*, Calmann-Lévy, París, 1990, pág. 35.

(9) L. SECHE, *Alfred de Vigny...*, ed. cit., vol. I, pág. 18; Maurice TOESCA, *Vigny ou la passion de l'honneur*, Hachette, París, 1972, pág. 45.

(10) A. de VIGNY, *Journal d'un poète*, presentación y notas originales de Louis Ratisbonne, L'Harmattan, París, 1993, pág. 53.; *Journal*, en *Oeuvres Complètes*, presentación y comentarios de F. Baldensperger, Gallimard, Bibliothèque de La Pléiade, París, 1948, tomo II, pág. 917.

(11) Jorge VIGÓN, *El espíritu militar español*, Ediciones Ejército, Madrid, 1979, pág. 193 y *passim*.

(12) A. de VIGNY, “Carta a Auguste Brizeux, de 2de agosto de 1831”, en *Correspondance d'Alfred de Vigny*, ed.cit., tomo 2, pág. 88.

encanto de la vida de guarnición sin posibilidad de participar en las épicas victorias que ensoñaron sus años mozos, le llevaron a abandonar las armas para dedicarse a la literatura, siguiendo una precoz vocación que ya se había manifestado con éxito. En 1827 se retira con el grado de capitán que había alcanzado en 1823, tras haber disfrutado, intermitentemente, de una situación de privilegio de dos años y medio de excedencias durante los últimos cinco años (13).

A juicio de Flottes heredó algo de volterianismo de su padre (14) y con la lectura de Chénier durante su juventud “se insinúa en su alma católica la Enciclopedia”, al tiempo que con “el disolvente Byron” y su “irreligión agresiva”, el desencanto de la vida (15). En 1833, Vigny había anotado en su *Diario*: “*Cinq-Mars, Stello, Servitude et Grandeur militaires*, como se ha observado correctamente, son, efectivamente, los cantos de una especie de poema épico sobre la desilusión” (16). Desilusión de la monarquía, del poder político y de la democracia, y del ejército, respectivamente. Vigny se erige acusador de la sociedad y con esas obras, denuncia, en expresión de Thibaudet, “el aplastamiento de la nobleza, del poeta y del militar” (17).

Alfred de Vigny tuvo diversas amantes, antes y después de casarse en 1825 con la protestante Lidia Bunbury, rica heredera a la que su padre, tras contraer segundas nupcias, postergaría en beneficio de los hijos del nuevo matrimonio. Entre sus amantes sobresale, desde 1831 a 1838, la actriz Marie Dorval, a la que tampoco fue fiel y quien, a su vez tuvo múltiples amantes -incluso durante su relación con Vigny-, incluida la escritora George Sand¹⁸. Otras

(13) Ernest DUPUY, *Alfred de Vigny. La vie et l'oeuvre*, Librairie Hachette, París, 1913, págs. 43-48.

(14) Sobre la influencia del filosofismo y, especialmente de Voltaire, Joseph SUNGOLOWSKY, *Alfred de Vigny et le dix-huitième siècle*, Editions A.G. Nizet, París, 1968, págs. 61-95.

(15) Pierre FLOTTES, *Alfred de Vigny*, Librairie Académique Perrin, París, 1925, págs. 24, 39 y 41.

(16) A. de VIGNY, *Journal d'un poète*, ed. cit., pág. 80. *Journal*, en *Oeuvres Complètes*, ed. cit., tomo II, pág. 1037, cfr. pág. 1313.

(17) Albert THIBAUDET, *Réflexions sur la littérature*, (edición y notas de Antoine Compagnon y Christophe Pradeau, prólogo de A. Compagnon), Gallimard (Quarto), París, 2007, págs. 204-205.

(18) Paul VIALLANEIX, *Vigny par lui-même*, Seuil, Écrivains de toujours, París,

amantes de Vigny fueron Augusta Bouvard, casi cuarenta años más joven que él, a la que conoció en 1858 y con la que tuvo un hijo natural póstumo (19). Virginie Ancelot (20) –con la que se le atribuirá una hija natural (21)–, Julia Battlegang y su hermana María, la condesa Alexandra Kossakowska, Tryphina Shearer Holmes (22) –no faltando, tampoco, quien le atribuyera la paternidad de su hija Augusta (23)– y Luisa Colet (24), quien a su vez tenía otros amantes como Cousin y Flaubert (25).

Enfermero abnegado de su enfermiza mujer toda su vida y de su madre durante más de cuatro años, desde que quedó inválida hasta su fallecimiento, extremadamente reservado y pasional, inteligente y sensible, de una elegancia natural, educado y cortés hasta rayar en lo cargante, cada vez más apartado del mundo en Maine-Giraud que heredó en 1838 de una hermana de su madre, retiro que no le impedía las visitas a París, “su obra, según observó Traz, es el producto de una existencia frustrada y de una desesperación que quiso ennoblecerse” (26).

1966, pág. 56; Joseph BARRY, *Infamous woman. The life of George Sand* (1977), trad. fran., *George Sand ou le scandale de la liberté*, Éditions du Seuil, París, 2005, págs. 201-212; Hortense DUFOUR, *George Sand la somnambule* (2002), J'ai Lu, París, 2004, págs. 279-291.

La Salle niega la infidelidad de Dorval para con Vigny hasta poco antes de la ruptura en 1838 y estima que la amistad de Marie Dorval con George Sand fue inocente (Bertrand de LA SALLE, *Alfred de Vigny*, Fayard, París, 1963, págs. 159 y 112).

(19) Maurice TOESCA, *Un dernier amour. Alfred de Vigny et Augusta*, Albin Michel, París, 1975; G. SAINT BRIS, *Alfred de Vigny ou...*, ed. cit., págs. 285-293.

(20) Esta relación la han negado sus descendientes, porque en los papeles que conserva la familia no hay nada que lo sugiera (J. SANGNIER, “Prólogo”, en M. AMBRIÈRE, N. BASSET, L. CHOTARD y J. SANGNIER, *Alfred de Vigny et les siens...*, ed. cit., págs. 8-11).

(21) G. SAINT BRIS, *Alfred de Vigny ou...*, ed. cit., págs. 112 y 221.

La Salle niega esta paternidad (B. de LA SALLE, *Alfred de Vigny*, ed. cit., pág. 42).

(22) Esta relación la niega La Salle (B. de LA SALLE, *Alfred de Vigny*, ed. cit., pág. 214).

(23) Robert de TRAZ, *Alfred de Vigny*, Librairie Hachette, París, 1928, pág. 68.

(24) Leon SECHE, *Alfred de Vigny*, vol. II, *La vie amoureuse*, Mercure de France, París, 1913; P. VIALLANEIX, *Vigny par lui-même*, ed. cit., págs. 46-59 y 129; Julien TEPPE, *Alfred de Vigny et ses amantes*, Editions Belleville, París, 1963; G. SAINT BRIS, (op. cit. págs. 219-232) que da gran importancia a este aspecto de su vida; N. CASANOVA, *Alfred de Vigny. Sous...*, ed. cit., *passim*.

(25) Herbert LOTTMAN, *Gustave Flaubert. A Biography*, (1969), trad. esp., *Gustave Flaubert*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1992, págs. 176-177.

(26) Robert de TRAZ, *Alfred de Vigny*, ed. cit., pág. 111; cfr. págs. 121-132.

En cuanto a sus preferencias políticas, si no sintió pesar alguno por la caída de los Borbones (27), “raza ingrata y degenerada” (28) –“trece años de servicios mal recompensados, escribiré, saldan mis obligaciones con los Borbones” (29)–, tampoco lloró con la marcha del de Orleans –pues para entonces ya era republicano (30)–, aspiró con la República a la paternidad de la Patria y, horrorizado por la revolución frustrada de junio de 1848 (31), se adhirió al Segundo Imperio, aunque nunca fue un cortesano de Napoleón III (32). En 1845 es elegido miembro de la Academia Francesa, tras haberlo intentado seis veces desde 1842 (33), y en 1856 es nombrado Oficial de la Legión de honor.

Vigny fue como tantos escritores de su época, especialmente los poetas, de los que se creyeron, o así lo manifestaron, que, por tal condición, estaban en condiciones inmejorables para dirigir a sus contemporáneos, como nuevos mesías de una nueva aurora, pues suponía “la misión profética del poeta” (34). Creía, o al menos así lo decía, que poetas y pensadores debían salvar a la civilización del desastre (35). Como observó Paléologue, para Vigny el poeta “es el verdadero conductor de los pueblos” por medio de la siembra de

(27) Según Bonnefoy, Vigny razonó lo que él mismo consideraba una traición (Georges BONNEFOY, *La pensée religieuse et morale d'Alfred de Vigny*, preliminar de Lucien Bonnefoy y prólogo de Jean Pommier, Librairie Hachette, Paris, 1944, págs. 130-132). Según Legrand, el no haberles defendido, junto a la influencia de la personalidad de la madre y la educación y el ambiente aristocrático en que se crió, fue una de las causas de su complejo de culpabilidad (Yolande LEGRAND, *Le sentiment de culpabilité d'Alfred de Vigny. L'Affaire de l'Académie ou "L'Autre Procès". Essai d'analyse d'un comportement*, Presses Universitaires de Bordeaux, Lille, 1987, págs. 105-125, 304).

(28) A. de VIGNY, *Mémoires inédits*, ed. cit., pág. 66.

(29) A. de VIGNY, *Journal*, (27 de julio de 1830), en *Oeuvres Complètes*, ed. cit., tomo II, pág. 910.

(30) L. SECHE, *Alfred de Vigny...*, vol. I, págs. 361-362.

(31) E. DUPUY, *Alfred de Vigny...*, ed. cit., pág. 85.

(32) L. SECHE, *Alfred de Vigny...*, vol. I, pág. 369; Emile LAUVRIERE, *Alfred de Vigny. Sa vie et son oeuvre*, Grasset, París, 1945, tomo I, págs. 41-43.

(33) Lise SABOURIN, *Alfred de Vigny et l'Académie Française. Vie de l'institution (1830-1870)*, Honoré Champion, París, 1998, págs. 75-222.

(34) Marc EIGELDINGER, *Alfred de Vigny*, Pierre Seghers, 2ª ed., París, 1969, pág. 65.

(35) Arnold WHITRIDGE, *Alfred de Vigny*, Oxford University Press, Nueva York, 1933, pág. 173.

ideas (36). “Como poeta –advirtió Legrand– se coloca por encima de los políticos en la jerarquía social” (37).

A pesar de que, conforme a lo que había expresado, y como lo resaltó Benichou, “su originalidad en la concepción del ministerio espiritual del poeta consiste en la exclusión del compromiso político propiamente dicho” (38), sin embargo, aunque había rechazado el ofrecimiento de par a cambio de elogiar a la familia real en la Monarquía burguesa (39), al advenimiento de la 2ª República, quizá porque sus ideas sobre el aislamiento incontaminado del poeta habían cambiado, solicitó, infructuosamente, la embajada en Londres (40) y se presentó, aunque sin éxito, en dos ocasiones, en 1848 y en 1849, a las elecciones a la Asamblea constituyente y a la legislativa (41) y aspiró, sin conseguirlo, a ser senador con Napoleón III (42), a cuyo régimen se adhirió (43). Su aristocratismó le llevó a negar la superioridad de la burguesía, contra la que escribió páginas virulentas (44) como no las escribió ningún otro autor en esos años (45), y en, consonancia con tal tesis, defendía una moral para privilegiados.

(36) Maurice PALEOLOGUE, *Alfred de Vigny*, Librairie Hachette et Cie., París, 1891, págs. 84 y 85.

(37) Yolande LEGRAND, *Le sentiment de culpabilité d'Alfred de Vigny...*, ed. cit., pág. 295.

(38) Paul BENICHO, *Les mages romantiques*, Gallimard, París, 1988, pág. 150; M. EIGELDINGER, *Alfred de Vigny*, ed. cit., pág. 53.

(39) A. de VIGNY, *Journal*, en *Oeuvres Complètes*, ed. cit., vol. II, pág. 1238; *Mémoires inédits*, ed. cit., págs. 215-217.

(40) P. FLOTTES, *Alfred de Vigny*, ed. cit., pág. 249.

(41) Annie PICHEROT, “Vie d'Alfred de Vigny”, en Alfred de VIGNY, *Cinq-Mars*, [Préface de Pierre Gascar, edición y notas de Annie Picherot], Gallimard [Folio classique], París, 1999, pág. 539; N. CASANOVA, *Alfred de Vigny. Sous le masque de fer*, ed. cit., págs. 245-246; Fernand BALDENSPERGER, *Alfred de Vigny*, Editions de la Nouvelle Revue Critique, París, 1929, págs. 166-169.

(42) Pierre-Georges CASTEX, *Vigny, L'homme et l'oeuvre*, Boivin et. C., París, 1952, pág. 120.

(43) Guillemin, sin base suficiente, le hizo “confidente de la policía”, interpretando unas anotaciones de Vigny de forma sesgada (Henri GUILLEMIN, *M. de Vigny. Homme d'ordre et poète* (1955), Editions d'Utovie, 2001, pág. 28), como se puso de manifiesto por diversos analistas de la obra de Vigny (así, B. de LA SALLE, *Alfred de Vigny*, ed. cit., pág. 302).

(44) A. de VIGNY, *Mémoires inédits*, ed. cit., págs. 58-78.

(45) P. BENICHO, *Les mages romantiques*, ed. cit., págs. 121-129.

¿Cuándo y por qué perdió la fe? Según Saint Bris, carecía de ella al menos hacia 1820 como prueban sus anotaciones sobre Juliano el Apóstata (46). Bonnefoy, con buen criterio, consideró que Vigny perdió la fe entre julio de 1814 y febrero de 1815, es decir, en su primer contacto con el Ejército, pues de otro modo no se entienden los “consejos” de su madre (47). En efecto, ésta le escribía a su hijo: “Ruega a Dios que te de la fe, pero confórmate y piensa frecuentemente en la moral sublime que esta religión enseña” (48). A juicio de Bonnefoy en el abandono de la fe tuvo que ver la pasión amorosa que se despertó violentamente en el joven Vigny (49), hasta el punto que es en la alianza de la revuelta –de una revuelta pasional y de una revuelta intelectual (50)–, con la voluptuosidad, en donde hay que buscar el punto de partida de toda la filosofía posterior de Vigny (51).

Vigny, pese a la mala crítica de Sainte-Beuve, ha sido reconocido, junto a Lamartine, Hugo y Musset, como uno de los cuatro grandes poetas del romanticismo francés y para algunos, no sólo entre los críticos, probablemente con excesiva hipérbole, fue el más grande y quizá, el que ejerciera más profunda y duradera influencia: “Su desilusión del Rey y de Dios –escribió Doolittle–, su escepticismo respecto a la metafísica y a los valores tradicionales, su básica fe colocada exclusivamente en su propia inteligente humanidad”, ejerció gran influencia en su tiempo y en el nuestro (52). Cincuenta años antes, el gran crítico que fue Thibaudet, pensaba que de entre los mejores poetas románticos, Vigny fue el que tuvo “la influencia más perseverante y más prolongada” (53), precursor del simbolismo, de Baudelaire y de Mallarmé (54).

(46) G. SAINT BRIS, *Alfred de Vigny...*, ed. cit., pág. 96.

(47) G. BONNEFOY, *La pensée religieuse et morale d'Alfred de Vigny*, ed. cit., pág. 11.

(48) M. AMBRIÈRE, N. BASSET, L. CHOTARD y J. SANGNIER, *Alfred de Vigny et les siens. Documents inédits. Introduction à la correspondance d'Alfred de Vigny*, ed. cit., 178.

(49) G. BONNEFOY, *La pensée religieuse et morale d'Alfred de Vigny*, ed. cit., págs. 9-13.

(50) G. BONNEFOY, *La pensée religieuse et morale d'Alfred de Vigny*, ed. cit., pág. 21.

(51) G. BONNEFOY, *La pensée religieuse et morale d'Alfred de Vigny*, ed. cit., pág. 15.

(52) James DOOLITTLE, *Alfred de Vigny*, Twayne Publishers, Nueva York, 1967, pág. 125.

(53) A. THIBAUDET, *Réflexions sur la littérature*, ed. cit., pág. 210.

(54) A. THIBAUDET, *Réflexions sur la littérature*, ed. cit., págs. 210-211.

A pesar de su anticristianismo permanente -expresado en poemas como *Eloa*, con la victoria final de Satanás sobre la bondad, más que ingenua, estúpida, de un ángel femenino (55), o como *Le deluge*, con la ausencia de la piedad divina (56)-, moriría en el seno de la Iglesia (57), consiguiendo el sacerdote Vidal lo que el padre Graty no había logrado en varios meses (58); y aunque para algunos, como Traz (59), Bonnefoy (60) Viallaneix o Saint Bris, no hubo auténtica vuelta al redil sino puro formalismo (61), con todo, siendo imposible dictaminar con toda certeza en tal materia, su reiterada expresión, “rezad por mí” (62), en sus últimos momentos, así como su última profesión de fe, “soy católico y muero católico” (63), parecen acreditar que no murió tan descreído como pareció vivir y que no sólo fue apariencia su arrepentimiento, tal como Séché indicó apoyándose, sobre todo, en la carta del sacerdote Vidal al P. Langlois, que reproduce en su obra (64).

(55) A. de VIGNY, “Eloa”, en *Poèmes antiques et modernes. Les Destinées*, prólogo de Marcel Arland y edición de André Jarry, Gallimard (Poésie), París, 2004, pág. 46; G. BONNEFOY, *La pensée religieuse et morale d'Alfred de Vigny*, ed. cit., págs. 30-41.

(56) A. de VIGNY, “Le deluge”, en *Poèmes antiques et modernes*, ed. cit., pág. 52.

(57) N. CASANOVA, *Alfred de Vigny...*, ed. cit., págs. 100-102, 114, 207 y 291; F. BALDENSPERGER, *Alfred de Vigny*, ed. cit., págs. 209-210; B. de la SALLE, *Alfred de Vigny*, ed. cit., pág. 279.

(58) L. SECHE, *Alfred de Vigny*, vol. I, ed. cit., págs. 473-491.

(59) En opinión de Traz, “por afán de orden social consintió en que un sacerdote le asistiera en su muerte”, de tal modo que, “murió incrédulo, pero en la Iglesia”, R. de TRAZ, *Alfred de Vigny*, ed. cit., págs. 135 y 145.

(60) G. BONNEFOY, *La pensée religieuse et morale d'Alfred de Vigny*, ed. cit., págs. 423-425.

(61) Para Viallaneix, la presencia y absolución del sacerdote Vidal en su lecho de muerte no fue mas que un puro formalismo (P. VIALLANEIX, *Vigny...*, ed. cit., pág. 132). Esta misma opinión, sin duda alguna, manifiesta Saint Bris, para el que se trató sólo de “apariciencia” (G. SAINT BRIS, *Alfred de vigny ou...*, ed. cit., págs. 292-293). Aunque menos categóricamente, Lauvrière, lo pone en duda (E. LAUVRIERE, *Alfred de Vigny. Sa vie...*, ed. cit., pág. 268). La Salle lo afirma pero, al mismo tiempo, lo pone en duda (B. de LA SALLE, *Alfred de Vigny*, ed. cit., págs. 279 y 320, nota 156). Whitridge sigue la versión de Vidal (A. WHITRIDGE, *Alfred de Vigny*, op. cit., pág. 211).

(62) E. LAUVRIERE, *Alfred de Vigny. Sa vie...*, ed. cit., tomo II, pág. 268; G. SAINT BRIS, *Alfred de Vigny ou...*, ed. cit., pág. 293.

(63) Carta del sacerdote Vidal al padre Langlois, citado en L. SECHE, *Alfred de Vigny...*, vol. I, pág. 501.

(64) L. SECHE, *Alfred de Vigny...*, vol. I, págs. 501-502.

Vigny fundamentaba la primacía del poeta en la imaginación (65). En *Stello* (1832), dónde instruye el proceso a la esperanza cristiana, afirma: “Creo en mí porque siento en el fondo de mi corazón una fuerza secreta, invisible e indefinible, parecida a un presentimiento del futuro y a una revelación de las causas misteriosas del presente” (66). El poeta es, pues, “orgullosa”, “visionario” y “portador de un mensaje divino, secreto e invisible” (67).

Para Vigny, el poeta es guía espiritual y juez del presente (68), y el ideal del poeta es ser líder de la humanidad (69). Sainte-Beuve decía de él que se creyó “investido de un ministerio sagrado” (70). La misión de los poetas (71) no era la de comprometerse políticamente, de modo partidario, sino la de vigilar y decir lo que piensan (72), como corresponde a su condición de “hombres superiores”, aunque sean “los parias de la sociedad” porque “todos los poderes les detestan al ver en ellos a sus jueces” (73). Pero tal idealización del poeta, de sí mismo en realidad, aunque sólo fuera por pertenecer a ese gremio, ¿no encierra una gran soberbia? Así se manifestó en *Chatterton* (1835) —el poeta que se siente menospreciado por no reconocérsele su alta función social, que termina en el suicidio, al que había sido impulsado por una sociedad que pretendía salvar al hombre matando al poeta-, que, como se ha dicho, es “la personificación del orgullo insociable” (74) y “la reivindicación del *Poeta* contra la sociedad” (75).

(65) P. BENICHO, *Les mages romantiques*, ed. cit., pág. 159.

(66) Alfred de VIGNY, *Stello*, en *Oeuvres Complètes*, ed. cit., tomo I, pág. 636.

(67) Ales POHORSKY, “Vigny et la malédiction du poète”, *Revue d'Histoire Littéraire de la France*, año 98, núm. 3, mayo-junio 1998 (págs. 375-384), pág. 377.

(68) P. BENICHO, *Les mages romantiques*, ed. cit., págs. 160 y 163.

(69) J. DOOLITTLE, *Alfred de Vigny*, ed. cit., pág. 34.

(70) C. A. SAINTE-BEUVE, *Nouveaux Lundis*, Calman Lévy, Paris, 1883, tomo VI, pág. 426.

(71) E. LAUVRIERE, *Alfred de Vigny. Sa vie...*, ed. cit., tomo I, págs. 198-205.

(72) P. G. CASTEX, *Vigny...*, ed. cit., págs. 77-79.

(73) A. de VIGNY, carta a Auguste Brizeux (30 de marzo de 1831), en *Correspondance d'Alfred de Vigny*, ed. cit., tomo 2, pág. 54.

(74) René DOUMIC, “Le Théâtre romantique”, en L. PETIT de JULLEVILLE, *Histoire de la Langue et de la Littérature française des Origines a 1900*, tomo VII, *Dix-neuvième siècle. Période romantique (1800-1850)*, Armand Colin et Cie., París, 1899, pág. 386.

(75) Fortunat STROWSKI, *Tableau de la Littérature Française au XIXe siècle et au XXe siècle*, (1912), Paul Mellottée Editeur, Paris, s.d. (pero 1925), pág.127.

¿Pero quién les investía de tal ministerio si no creían en Dios y se hacían una religión a su medida surgida de su subjetividad, conforme a la individualidad de cada uno a su propio *yo*? Ellos mismos, alzándose cada uno a sí mismo sobre el pavés. En el caso de Vigny, esa religión se trató del honor: “la religión del honor ha sido, con frecuencia, suficiente para reemplazar la fe cristiana en el corazón de los hombres” (76). “La religión del honor tiene su dios siempre presente en nuestro corazón” (77). “El honor es la única religión viva hoy día en los corazones viriles y sinceros” (78).

Antes de llegar a ese final de reconversión cristiana a las puertas de la muerte, su orgullo, su racionalismo (79) y su concepción del hombre le llevaron, por una parte, a rechazar la doctrina católica de la gracia por considerarla incompatible con la voluntad humana y suponerla una tiranía sobre la voluntad del hombre (80) y, por otra, a proponer, en *Servidumbre* -“el libro de la objeción de conciencia” (81), y en el que separa el bien del deber (82)-, “una moral de los sabios y de los fuertes” (83), en la que, como escribe Benichou, “el honor es suficiente para responder al problema moral, sin necesidad de referirse a un principio sobrenatural” (84), tal como indicaba en su *Diario* al plantear la idea de una novela moderna sobre el hombre

(76) A. de VIGNY, *Journal*, en *Oeuvres Complètes*, anotación de febrero de 1832, ed. cit., tomo II, pág. 942.

(77) A. de VIGNY, *Journal*, en *Oeuvres Complètes*, anotación de 1834, ed. cit., tomo II, pág. 1011.

(78) A. de VIGNY, *Journal*, en *Oeuvres Complètes*, anotación de 1836, ed. cit., tomo II, pág. 1044.

(79) Boerebach ha insistido en el racionalismo (moderado) de Vigny (B. M. BOEREBACH, *Le rationalisme mystique d'Alfred de Vigny dans son oeuvre de moraliste. Contribution à sa biographie psychologique et philosophique*, N.V. Paul Brand's Uitgevers-Bedrijf, Hilversum, 1929, págs. 44-99).

(80) Cfr. P. BENICHOU, *Les mages romantiques*, ed. cit., págs. 254-256.

(81) B. de LA SALLE, *Alfred de Vigny*, ed. cit., pág. 151; En contra de tal juicio, François GERMAIN, *L'Imagination d'Alfred de Vigny*, Librairie José Corti, París, 1962, pág. 58.

(82) F. GERMAIN, *L'Imagination d'Alfred de Vigny*, ed. cit., págs. 343-344.

(83) Cfr. P. BENICHOU, *Les mages romantiques*, ed. cit., págs. 186 y 190.

(84) P. BENICHOU, *Les mages romantiques*, ed. cit., pág. 181; cfr. pág. 189.

“la religión del honor tiene su dios siempre presente en nuestro corazón” (A. de VIGNY, *Journal d'un poète*, ed. cit., pág. 99; *Journal*, en *Oeuvres complètes*, ed. cit., tomo II, pág. 1011).

de honor: “El honor es la única base de su conducta y reemplaza a la religión”. “El honor le defiende de todos los crímenes y de todas las bajezas: es su religión. El cristianismo ha muerto en su corazón” (85).

Aunque Vigny expresara correctamente que la condición militar implica la renuncia a los intereses personales en beneficio de la sociedad, lo que ésta no valora debidamente e, incluso, desprecia, sin embargo, el conflicto que plantea en *Servidumbre y grandeza militares*, entre el deber del militar, centrado en el cumplimiento de las órdenes, y la conciencia propia, no es real. No puede predicarse el conflicto entre el deber y la moral como si eso fuera lo característico de la vida militar. Desde luego, no es representativo, ni de la genuina institución militar ni del auténtico espíritu militar, que no separa el deber del bien; y la solución propuesta -vivir el remordimiento por la consecuencia de sus actos-, es inadecuada, pues en el caso de que surgiera aquel conflicto en el que obedecer contra la conciencia aparta del bien, la respuesta está en la obligación, superior, de desobedecer. Y es que Vigny parte de la idea errónea de que la disciplina y la obediencia que ella supone, es la sumisión absoluta a toda orden, cualquiera que sea, como la que llevó al Comandante del buque *Marat* a fusilar a uno de los deportados que conducía a Cayena (86). De otro modo nada diferenciaría a un Ejército de una cuadrilla de bandidos. Quizá por ello, Lanson observó que la resignación y la abnegación militares predicadas por Vigny “levanta todas las nobles virtudes y todas las elevadas creencias en el vacío” (87).

Sin duda el sentimiento del honor es un recurso moral que hace que Vigny haya sido, como moralista, muy superior a aquellos escritores, literatos e intelectuales de todas clases, contemporáneos suyos, que, cegados por el racionalismo y no menos anticristianos que Vigny, cayeron en el nihilismo o en el puritanismo, como Boerebach destacó en su notable obra. Y, probablemente, a ese

(85) A. De VIGNY, Anotación de septiembre de 1834, *Journal en Œuvres complètes*, ed. cit., tomo II, pág. 1011.

(86) A. de VIGNY, *Servitude et Grandeur Militaires*, en *Oeuvres Complètes*.ed. cit., tomo II, págs. 550-554.

(87) Gustave LANSON, *Histoire de la Littérature Française*, Librairie Hachette, Paris (s.d, pero 17ª ed. de 1922, según pág. 1026), pág. 956.

motivo se deban las simpatías que ha suscitado en muchos críticos y en no pocos lectores. Pero, además de que su moral sólo sería apta para unos pocos como sostenía el propio Vigny, al haber hecho derivar su sistema moral “de la sola razón pura que, mediante la conciencia, dicta sus reglas a la personalidad humana”, ocurre, como advirtió Boerebach, que “nunca podrá elevarse hasta convertirse en la fuerza motriz de la moralidad humana”, al faltarle la ley moral objetiva y superior al hombre (88). Sainte-Beuve, en 1835, ponía en duda que el honor “pudiera ser una tabla de salvación para toda la sociedad”, y que pudiera ser otra cosa que “una roca desnuda, vertical, buena para unos pocos, pero estéril y de escaso refugio en la inmersión universal” (89).

En 1845, Mons. Denys Affre, Arzobispo de París, sin nombrarle, se había referido a Vigny al rebatir a “los sofistas”, filósofos racionalistas, que pretendían establecer “el honor o la gloria como principios suficientes de moral”, siendo así que “son inútiles para la mayoría e insuficientes para todos” (90). En efecto, la fama solo pueden esperarla unos pocos —continúa Mons. Affre—, e incluso para estos “las acciones que pueden honrarles son escasas”, y es necesario que toda su existencia “esté sometida a las reglas de la moral” (91). Además, continúa el arzobispo, la gloria y el honor los disciernen la opinión y cuando ésta se extravía se convierte en un obstáculo para la virtud. Con frecuencia, la gloria y el honor no han sido más que “el precio de una despreciable ambición”. Tanto el honor como la gloria necesitan apoyarse en una moral auténtica que no es otra que la de la religión católica (92).

Su incompreensión, y por qué no decirlo, su cerrazón intelectual y afectiva, le condujeron a la recriminación a Dios, al que conside-

(88) B. M. BOEREBACH, *Le rationalisme mystique d'Alfred de Vigny dans...*, ed. cit., págs. 89, 194 y 193.

(89) C. A. SAINTE-BEUVE, *Portraits contemporains*, Didier, Libraire-Editeur, Paris, 1855, tomo I, pág. 345.

(90) ARCHEVÊQUE DE PARIS, *Introduction philosophique a l'étude du Christianisme*, Librairie Adrien Leclere et Cie., 4ª ed., Paris, 1845, pág. 48.

(91) ARCHEVÊQUE DE PARIS, *Introduction philosophique a l'étude du Christianisme*, ed. cit., pág. 50.

(92) ARCHEVÊQUE DE PARIS, *Introduction philosophique a l'étude du Christianisme*, ed. cit., págs. 50, 52 y 53.

raba mudo e inerte, y al rechazo de la oración –“gemir, llorar, rezar, es igualmente ruin” (93)-, respondiendo con el silencio al silencio de Dios (94). Pero no era necesario esperar a la estrofa del *Silence* incorporada en 1862 a *Le Mont des Oliviers* –con el desdén de Jesucristo ante la ausencia de Dios Padre y su silencio ante el eterno silencio de Dios (95)- o la póstuma *Daphné* –en la que los dogmas religiosos son inútiles-, para encontrar al peor Vigny. En *La fille de Jephté* (1820), en *Moïse* (1822) o *Le Déluge* (1823) (96), aparece la pretensión de instruir el proceso de Dios. Moisés lamenta ásperamente su soledad que achaca al favor divino que no es más que una funesta ilusión, pues no ha obtenido ningún beneficio propio (97). La protesta se acentúa en *Eloa* y en *Le Déluge*. En ésta, el amor humano de Sara y Emmanuel, que mueren juntos en el diluvio, es perseguido por un Dios celoso (98). Como indicara Castex, ya sus primeras poesías “ilustran la indiferencia, la crueldad o la injusticia de la voluntad divina” (99).

Aunque nunca llegó a pretender alumbrar una nueva religión, sin embargo, como observó Germain y antes, La Salle (100), Vigny no es que eleve la poesía a la categoría de religión, si no que, a la inversa, la religión pasa a ser obra de la imaginación poética (101). En efecto, entre otros textos aportados por Germain, esta anotación de 1840: “Las religiones son obra de la poesía. Elevan templos a una

(93) A. de VIGNY, “La Mort du Loup” (1843) en *Oeuvres Complètes*, ed. cit., tomo I, pág. 198.

(94) Cfr. P. BENICHOU, *Les mages romantiques*, ed. cit., págs. 225, 253, 230 y 228.

(95) A. de VIGNY, “Le Mont des Oliviers”, en *Poèmes antiques et modernes*, ed. cit., pág. 195

(96) A. de VIGNY, *Poèmes antiques et modernes*, ed. cit., págs. 59-61, 19-22 y 47-57.

(97) Véase P. G. CASTEX, *Vigny. L'homme et l'oeuvre*, ed. cit., pág. 29.

(98) Véase G. BONNEFOY, *La pensée religieuse et morale d'Alfred de Vigny*, ed. cit., págs. 24-27 ; P. G. CASTEX, *Vigny. L'homme et l'oeuvre*, ed. cit., pág. 34.

(99) G. BONNEFOY, *La pensée religieuse et morale d'Alfred de Vigny*, ed. cit., págs. 41-42 ; P. G. CASTEX, *Vigny. L'homme et l'oeuvre*, ed. cit., pág. 38.

Consideraba la condenación eterna “una eterna venganza” (A. de VIGNY, *Journal d'un poète*, ed. cit., pág. 112; *Journal en Oeuvres complètes*, ed. cit., tomo II, pág. 1038). Quizá por eso ideó su *Satan sauvé*, poema tan sólo esbozado, que debía terminar con el perdón de Satanás y la desaparición del mal (A. de VIGNY, *Journal d'un poète*, ed. cit., págs. 289-293).

(100) B. de LA SALLE, *Alfred de Vigny*, ed. cit., pág. 206.

(101) F. GERMAIN, *L'Imagination d'Alfred de Vigny*, ed. cit., pág. 58.

idea para que se vea de lejos y para conservarla en el tesoro de la moral. El templo envejece, se derrumba y deja ver la idea entre sus ruinas, similar a un polvo de diamante” (102).

Se ha dicho que, a pesar de abandonar la fe, “la cuestión religiosa fue la preocupación constante de Alfred de Vigny” y que “no fue ateo sino librepensador” (103), o que “toda su vida fue un anhelo de Dios y que este deseo no fue menos auténtico porque encontrara que Dios, el establecido en las religiones, era profundamente insatisfactorio (...), y que a pesar de su rebelión, debida al considerar inmerecido el sufrimiento, nunca rechazó a Dios ni se refugió en la blasfemia” (104). ¿Fue realmente así? ¿De qué modo se preocupó? A juicio de Arland, Vigny, “al que se toma por ateo y él mismo se considera así, está obsesionado con Dios. Es su acusador, su juez y su enemigo” y “desde *La fille de Jephthé* al *Mont des Oliviers*, el combate que lleva a cabo tenazmente es contra Dios” (105). Canat vio en él “un ateísmo irreductible” (106). Más correctamente, Thibaudet había observado que “el mundo de Vigny era un mundo sin Dios” (107). Abandonada o pérdida la fe desde muy joven, sólo con la muerte de su madre, en diciembre de 1837, parece que su corazón se emocionó y recurrió a Dios para solicitar el consuelo de la esperanza en que Dios habría acogido el alma de su madre (108). Pero si esa floración de su fe perdida fue auténtica, no lo fue más que durante un instante.

En opinión de Séché, en cambio, aunque había perdido la fe católica (109), “a pesar de las apariencias permaneció cristiano” (110).

A su juicio, tal aserto trae causa de que Vigny fue, hasta su arre-

(102) A. de VIGNY, *Journal*, en *Oeuvres Complètes*, ed. cit., tomo II, pág. 1140.

(103) Edmond ESTEVE, *Alfred de Vigny, sa pensée et son art*, Garnier Freres, París, 1923, págs. 35 y 49.

(104) A. WHITRIDGE, *Alfred de Vigny*, ed. cit., pág. 181.

(105) Marcel ARLAND, “Prólogo” a A. de VIGNY, *Poèmes antiques et modernes*, ed. cit., pág. 12.

(106) René CANAT, *La Littérature Française au XIXe siècle*, Payot et Cie., París, 1921, tomo II, pág. 11.

(107) Albert THIBAUDET, *Histoire de la Littérature Française de 1789 a nos jours*, Editions Stock, Delamain y Boutelleau, París, 1946, pág. 142.

(108) A. de VIGNY, *Journal*, en *Oeuvres Complètes*, ed. cit., tomo II, págs. 1089-1090.

(109) L. SECHE, *Alfred de Vigny...*, vol. I, pág. 481.

(110) L. SECHE, *Alfred de Vigny...*, vol. I, pág. 431.

pentimiento al final de su vida, un jansenista (1 1 1), de ese jansenismo, indica, que en su última manifestación no necesita sacerdotes, ya que la religión del honor propuesta por Vigny, “tiene los caracteres principales del jansenismo”, siendo el principal de ellos la “creencia en la predestinación” (112). Pero si era “un jansenismo sin culto” “y sin dogmas” (113) ¿qué queda de cristiano?

La admiración incondicional hacia el poeta llega, en algunos autores, casi hasta la sacralización. Así, entre otros, Aicard, para el que Vigny de ateo sólo tuvo la apariencia (1 1 4), pues fue “un moderno cristiano” que “tiene las virtudes de un gran cristiano”, por lo que “extraña que se haya podido creer en <<el odio>> de Alfred de Vigny hacia el cristianismo”, ya que, “por el contrario, no cabe ser mejor cristiano” (115). Exaltación cristiana de un autor que se fundamenta en el sofisma: ya que las virtudes que encuentra en Vigny son propias de la religión cristiana, se concluye que Vigny era cristiano (116).

Y que no fuera ateo (1 1 7), si así fue, no significa que fuera cristiano, como también Citoleux se esforzó, a mi juicio sin éxito, en demostrar. En efecto, es abusar de las palabras sostener que “es cristiano”, aunque “su cristianismo no es integral”, sino que “es el cristianismo racional”, “el de la Profesión de fe del vicario saboyano”; y es tergiversar el lenguaje afirmar que se puede ser cristiano aunque “excluye el culto y lo sobrenatural” (118), porque “conserva la filosofía, es decir, un Dios Creador y Providente, el espíritu distinto del cuerpo, la inmortalidad del alma, casi toda la moral y, sobre todo, la divina conciliación de contrarios” (119). Y la tesis es contradicto

(111) L. SECHE, *Alfred de Vigny...*, vol. I, págs. 412-468.

(112) L. SECHE, *Alfred de Vigny...*, vol. I, págs. 414 y 415.

(113) L. SECHE, *Alfred de Vigny...*, vol. I, págs. 21 y 22.

(114) Jean AICARD, *Alfred de Vigny*, Ernest Flammarion, París, 1914, págs. 5, 180.

(115) J. AICARD, *Alfred de Vigny*, ed. cit., págs. 58, 240 y 243.

(116) J. AICARD, *Alfred de Vigny*, ed. cit., págs. 261 y 155.

(117) Tal es la opinión de Benichou, P. BENICHO, “Un Gethsémani romantique (<<Le Mont des Oliviers>> de Vigny”, *Revue d'Histoire Littéraire de la France*, año 98, núm. 3, mayo-junio 1998 (págs. 429-436), pág. 432.

(118) Marc CITOLEUX, *Alfred de Vigny. Persistances classiques et affinités étrangères*, Librairie Ancienne Edouard Champion, París, 1924, págs. XIV y 641.

(119) M. CITOLEUX, *Alfred de Vigny...*, ed. cit., pág. XIV.

ria con la afirmación de que “detrás del cristianismo abrigaba una religión personal” (120); como lo es, asimismo, con la idea de que aunque Vigny se rebeló, también se sometió, si bien, “esta sumisión orgullosa no comporta ni arrepentimiento ni agradecimiento” (121). Traz, que también negó que fuera ateo, entendió que reprochaba a Dios su indiferencia porque tenía un concepto judaico de Dios, fruto de su atención casi exclusiva al Antiguo Testamento (122). Más acorde con la realidad fue el juicio de Faguet al indicar que su odio contra Dios provenía de considerarle autor de tanta injusticia como hay en el mundo (123). Boerebach entendió que, a pesar de todo, Vigny siempre tuvo un fondo cristiano que subsistió siempre en su alma, el cual afloró hacia el final de su vida, cediendo paulatinamente su racionalismo hasta abandonarlo por completo en su lecho de muerte (124). Por su parte, Milner y Pichois entendieron que si bien en Vigny “sobrevivió mucho tiempo el deseo de creer a la pérdida de la fe”, su actitud más que atea fue antiteista (125).

Tampoco faltaron los que, como Paleologue (126), le consideraron un místico (127). Solamente confundiendo los conceptos se puede interpretar, y hacerlo con elogio, que Eloa “obedece a su instinto, que es amar y consolar”, y, añadir, que ese poema “es una de las más exquisitas inspiraciones de la poesía mística” (128). Es confundir la fantasía con la mística, ya que la utilización de los temas bíblicos realizada por Vigny, lejos de llevar a la comunicación o a

(120) M. CITOLEUX, *Alfred de Vigny...*, ed. cit., pág. 303.

(121) M. CITOLEUX, *Alfred de Vigny...*, ed. cit., pág. 642.

(122) R. de TRAZ, *Alfred de Vigny*, ed. cit., págs. 138-140.

(123) Émile FAGUET, *Dix-neuvième siècle. Études littéraires*, Boivin et cie., París, s.d., pág. 135.

(124) B. M. BOEREBACH, *Le rationalisme mystique d'Alfred de Vigny dans...*, ed. cit., págs. 49, 99 y *passim*.

(125) Max MILNER y Claude PICHOS, *Histoire de la Littérature Française. 1820-1869. De Chateaubriand a Baudelaire*, 2ª ed., G.F. Flammarion, París, 1966, págs. 300 y 301.

(126) M. PALEOLOGUE, *Alfred de Vigny*, ed. cit., *passim*; J. AICARD, *Alfred de Vigny*, ed. cit., pág. 5.

(127) La Salle, que le tuvo por un místico, se preguntaba si se podía ser un gran místico a pesar de no tener fe, y respondió que había que creer que sí (B. de LA SALLE, *Alfred de Vigny*, ed. cit., pág. 253; 222, 262, 276).

(128) M. PALEOLOGUE, *Alfred de Vigny*, ed. cit., pág. 25.

la unión con Dios le sirve para constituirse en su acusador. Y resulta, cuando menos, erróneo, afirmar que vio “en los amores terrestres el preliminar y el primer grado del Amor divino”, o que su pasión por Marie Dorval “estaba marcada por un orden completamente religioso” (129); y, finalmente, querer salvar lo insalvable, sostener que “su disputa contra Dios” no cae en “la invectiva impía” ni en “la burla sacrílega” (130). Mucho más acorde con la realidad, pues refleja lo que fue un hecho incontrovertible, la observación de Montegut, al indicar que Vigny tuvo “un rencor arraigado y permanente contra Dios”, “capaz de exasperar al ateo más endurecido” (131). En 1834 llegó a escribir en su *Diario*. “Si me ocurriera la desgracia en la que pienso, incendiaría una iglesia para vengarme de Dios” (132).

Quizás ha sido Boerebach el que, a pesar de exponer con amplitud el anticristianismo de Vigny, más ha insistido en su misticismo –“un *verdadero místico*” (133)-, si bien se trata de un misticismo *sui generis*, ya que destacó que le faltó lo esencial: “a pesar de no admitir la luz de la revelación cristiana y de que jamás pudo franquear la última etapa” del misticismo, “la de la morada en el goce divino”, y pese a que “no llegó nunca a la unión divina de los grandes místicos de la religión católica (...), llegó muy lejos en este camino, al poseerse plenamente y al hacer que cada uno de sus actos interiores sobrepasara en todas sus formas sus modos de ser” (134). Jarry, en cambio, ha visto que el misticismo de Vigny cambia de significado y se trató, más bien, de un anti-misticismo, y de modo especial, *Moise, Eloa* y *Le Deluge* son poemas anti-místicos (135).

Mención aparte, aunque breve, merece la influencia del gnosti-

(129) M. PALEOLOGUE, *Alfred de Vigny*, ed. cit., págs. 94 y 95.

(130) M. PALEOLOGUE, *Alfred de Vigny*, ed. cit., pág. 115.

(131) Émile MONTEGUT, *Nos morts contemporains. Première Série. Béranger, Charles Nodier, Alfred de Musset, Alfred de Vigny*, Librairie Hachette et cie., París, 1883, pág. 334.

(132) A. de VIGNY, anotación de 21 de febrero de 1834, *Journal*, en *Oeuvres Complètes*, ed. cit., tomo II, pág. 1000.

(133) B. M. BOEREBACH, *Le rationalisme mystique d'Alfred de Vigny dans...*, ed. cit., pág. 8.

(134) B. M. BOEREBACH, *Le rationalisme mystique d'Alfred de Vigny dans...*, ed. cit., pág. 10.

(135) André JARRY, *Alfred de Vigny. Étapes et sens du geste littéraire. Lecture psychanalytique*, Droz, Ginebra, 1998, tomo I, págs. 140-141, 108 y 203; tomo II, pág. 965.

cismo en Vigny, apuntada como posible por La Salle (136) y más desarrollada por Roche (137) y Becq (138); y ya como curiosidad la interpretación esotérica, según la cual, la obra de Vigny contiene un “oculto mensaje *smuggled*”, que no es otra cosa que “la Doctrina Secreta” (139). Claro que sobre la base de que sólo puede descubrirse tal mensaje por lectores iniciados y siguiendo los planteamientos de Helena Petrovna Blavatsky (140), fundadora de la Sociedad Teosófica, cualquier obra de cualquier autor contiene un mensaje oculto que sólo los que han recibido la iluminación pueden descubrir con tal de que se lo propongan.

En el año anterior a su muerte, anotaría en su *Diario* que el día del Juicio Final Dios tendría que justificarse y sería juzgado por la humanidad (141). Su desencanto religioso le llevó a propugnar, de acuerdo con su elitismo, una fe en el genio humano y a proponer, en lugar de la religión, un nuevo ideal más estético que moral: el aticismo, “el amor de todo lo bello” (142). ¿Podría haber sido de otro modo en quién en su *Diario* identificaba la Providencia con la fatalidad (143) y las “penas eternas” con “la eterna venganza” (144)? ¿Y en quién su conciencia sustituía a Dios (145)? Educado por una madre deísta y rousseauiana, que ejerció gran influencia en él, no fue capaz de recuperar la fe y creer en un Dios personal. Aunque dijera otra cosa —y forzado por su concepción del honor y del valor que le

(136) B. de LA SALLE, *Alfred de Vigny*, ed. cit., págs. 273-276.

(137) Maurice ROCHE, *Alfred de Vigny et l'esotérisme*, Jardin de la France, Blois, 1948.

(138) Annie BECQ, “Une source occulte de Vigny: Louis-Claude de Saint-Martin”, *Revue d'Histoire Littéraire de la France*, año 70, núm. 4, julio-agosto 1970, págs. 658-667.

(139) Denise BONHOMME, *The Poetic Enigma of Alfred de Vigny (The Rosseta Stone of Esoteric Literature)*, Trafford, Victoria (Canada), 2003, pág. 16.

(140) D. BONHOMME, *The Poetic Enigma of Alfred de Vigny (The Rosseta Stone of Esoteric Literature)*, ed. cit., *passim* y págs. 469-490.

(141) A. de VIGNY, *Journal*, en *Œuvres complètes*, ed. cit., tomo II, pág. 1377.

(142) A. de VIGNY, *Journal*, en *Œuvres Complètes*, ed. cit., tomo II, pág. 1277.

(143) A. de VIGNY, *Journal*, en *Œuvres Complètes*, ed. cit., tomo II, (5 de mayo de 1834), pág. 1005.

(144) A. de VIGNY, *Journal d'un poète*, ed. cit., pág. 112.

(145) El 26 de noviembre de 1846 anotaba en su *Diario*: “<<Dios es mi fortaleza>> cantan los corazones de los jóvenes alemanes. Mi conciencia es mi fortaleza, podría decir yo”, A. de VIGNY, “Supplément au *Journal d'un poète*”, en Henri GUILLEMIN, *M. de Vigny. Homme d'ordre et poète*, ed. cit., pág. 100.

obligaba a mantener el tipo frente a los demás—, no es posible creer que no necesitara la esperanza —“es bueno y saludable no tener ninguna esperanza” (146)— y, por ende, no parece sincero cuando anotaba en su *Diaria* “¿Acaso necesito una cosa vana que llaman esperanza?” (147). Con todo, así fue aparentemente (148), por lo que, amante del orden establecido, relegó la religión católica, el cristianismo, para los *débiles*, estimando al cristianismo únicamente “como base de cualquier orden” (149). “El Cristianismo es un fruto al alcance de la debilidad. La debilidad es eterna, y será eternamente bueno para la educación siempre necesaria de las masas débiles y de los Bárbaros sin cesar renacientes” (150).

Bonnefoy mostró que el pensamiento de Vigny, o cuando menos su manifestación, tanto en la obra publicada en vida como en la póstuma, evolucionó bajo la influencia de los acontecimientos y del ambiente que vivió. Así, se dejó influir por el ambiente anticatólico de la opinión liberal, hostil a la religión católica, durante la Restauración (151). Las insurrecciones de 1831 y de 1832, especialmente el saqueo del arzobispado de París en febrero de 1831, provocaron una “larga evolución que le hará, de liberal, conservador, y de hostil a las formas religiosas, cómplice de su mantenimiento” (152), evolución que culmina con el golpe de estado de diciembre de 1851 y con la proclamación del Segundo Imperio al año siguiente. Así, se habría producido una de las paradojas del pensamiento de Vigny. En efecto, por ese motivo, sigue Bonnefoy, se producirá “la hostilidad personal de Vigny hacia el cristianismo y el reconocimiento de

(146) A. de VIGNY, *Journal d'un poète*, (1832), ed. cit., pág. 28; *Journal*, en *Oeuvres Complètes*, ed. cit., vol. II, pág. 945.

(147) A. de VIGNY, *Journal*, (1858), en *Oeuvres Complètes*, ed. cit., vol. II, pág. 1338.

(148) Sin embargo, el 11 de septiembre de 1854, había escrito en su *Diaria*: “Deseo, e incluso exijo, que en mi entierro no se pronuncie ningún discurso; que tan sólo la Iglesia, con su palabra, sus oraciones y sus cánticos, acompañen mis restos mortales”, A. de VIGNY, codicilo de su testamento, en *Mémoires inédits*, ed. cit., pág. 443.

(149) A. de VIGNY, “Supplément au *Journal d'un poète*”, en H. GUILLEMIN, *M. de Vigni. Homme...*, ed. cit., pág. 114.

(150) A. de VIGNY, *Journal*, (1837), en *Oeuvres Complètes*, ed. cit., tomo II, pág. 1072.

(151) G. BONNEFOY, *La pensée religieuse et morale d'Alfred de Vigny*, ed. cit., págs. 69-116.

(152) G. BONNEFOY, *La pensée religieuse et morale d'Alfred de Vigny*, ed. cit., pág. 139.

su necesidad” para los débiles (153), por lo que su anticristianismo aparecerá en sus poemas, al tiempo que respetará la fe de los débiles y anunciará la moral de los fuertes (154). Y por temor a los sofistas destructores de la moral, especialmente de los positivistas, “acabaré aceptando el catolicismo por sus garantías morales” (155). Es decir, que carente de toda creencia, acabó por reconocer los beneficios sociales de la religión católica, porque para los débiles no podía subsistir la moral sin la religión.

En efecto, el año anterior a su muerte, Vigny anotaba en su *diario* cosas como estas: “Todas las religiones sin excepción han cometido el mismo error, beber en la misma fuente, es decir, en el pensamiento pueril de los castigos y de las recompensas, digna, todo lo más, de un colegio en el que se estimula la emulación con bastones y bombones” (156). “La religión más *útil* (o *utilitaria*, si se prefiere) es la religión católica”. “Respecto al mundo sobrenatural, las religiones son las fantasías del hombre que quiere continuar su vida y su persona después de la muerte”. “Moral cristiana: excelente porque es el resumen de la experiencia de las naciones sobre la vida política y la vida privada. Conservarla y perfeccionarla. Pero en el mundo maravilloso, de la vida futura, no penséis nunca, no habléis jamás. Es la inútil y más peligrosa tendencia del espíritu”. “Considerada como una obra de moral y un código penal, el catolicismo es la Ley más perfecta que la humanidad ha conocido hasta ahora” (157). En esta línea de conservación social, se opuso a que la obra de Jules Simon, *Le Devoir*, fuera premiada por la Academia, considerándola un fermento de destrucción social, por su racionalismo, destructor del cristianismo en la sociedad sin ofrecer nada en su lugar, además de juzgarla mala literariamente (158).

(153) G. BONNEFOY, *La pensée religieuse et morale d'Alfred de Vigny*, ed. cit., pág. 233.

(154) G. BONNEFOY, *La pensée religieuse et morale d'Alfred de Vigny*, ed. cit., pág. 265.

(155) G. BONNEFOY, *La pensée religieuse et morale d'Alfred de Vigny*, ed. cit., pág. 355.

(156) A. de VIGNY, Anotación de 1 de febrero de 1862, *Journal*, en *Oeuvres complètes*, ed. cit., tomo II, pág. 1367.

(157) A. de VIGNY, Anotaciones de 12 y 23 de agosto, 15 de septiembre y 12 de noviembre de 1862, *Journal*, en *Oeuvres complètes*, ed. cit., tomo II, págs. 1375, 1377 y 1381.

(158) L. SABOURIN, *Alfred de Vigny et l'Académie Française...*, ed. cit., págs. 719-720, 779, 781 y 782.

En cambio, no parece tan exacto el juicio de que Vigny nunca llegó a convencerse plenamente de la independencia de la moral respecto a la fe religiosa, por lo que no llegó a publicar *Daphné*, por no tener la cuestión resuelta y dudar de si lo expresado era lo correcto (159).

A pesar de todas las dudas que queramos ver en su obra y en su *diario*, Vigny pretendía haber resuelto la cuestión hacía mucho; había encontrado la solución demasiado pronto y quizá eso fue uno de los motivos que le impidieron volver a creer. Su religión del honor es prueba de ello, y si no estaba convencido, su moral del honor, unida a su negación religiosa, le habrían convertido en un hipócrita. Más bien hay que pensar que si no publicó *Daphné* fue por no contribuir a destruir el soporte moral de los débiles y con ello, el orden social que aquella moral preservaba.

Además, para Vigny la duda no era una vacilación sino un principio racional; y si no creía en ello, al menos lo escribía: “La *Duda* no es el *Escepticismo*. La *Duda* turba mucho a los *filósofos* y a los *sofistas* que se pasan la vida afirmando los sueños del mundo *sobre-natural*. El que *afirma*, sea lo que sea, sobre lo maravilloso está loco o engaña. Afirmar la moral, cosa de la experiencia humana, está permitido, pero afirmar basado en fantasías es querer construir, sembrar y plantar en las nubes. La *Duda* no choca con el relámpago y su fuego de artificio. No puede ser herida por él, como una muralla de piedra; lo recibe y lo apaga, como una muralla de césped. Detrás de ella solo está segura la *Razón* (160).

“¡El verdadero Dios, el Dios fuerte es el Dios de las ideas!” Este verso de *La Bouteille a la Mer* (1853) (161), de influencia platónica (162), si expresa realmente el pensamiento de Vigny sobre la Divinidad, en realidad la destruye, porque ese dios no es otra cosa que la inteligencia, la inteligencia del hombre, la razón de Vigny. ¿Creía en Dios? La respuesta a tal tipo de pregunta siempre es difícil, incluso aunque se afirme no creer en Dios, porque la intimidad más recón-

(159) G. BONNEFOY, *La pensée religieuse et morale d'Alfred de Vigny*, ed. cit., pág. 120.

(160) A. de VIGNY, Anotación de 15 de septiembre de 1862, *Journal*, en *Oeuvres completes*, ed. cit., tomo II, pág. 1377.

(161) A. de VIGNY, *Oeuvres completes*, ed. cit., tomo I, pág. 213.

(162) B. M. BOEREBACH, *Le rationalisme mystique d'Alfred de Vigny dans...*, ed. cit., págs. 53-55.

dita del otro nos es siempre desconocida. Sin embargo por lo que se manifiesta es razonable deducir lo que se cree.

¿Creía, pues, Vigny en Dios? Desde luego no en un Dios personal, no en el verdadero Dios, tal como hemos visto. ¿Y su codicilo de 11 de septiembre de 1854? Allí, había dicho: “Deseo y exijo que no se pronuncie ningún discurso sobre mi tumba y que solo la Iglesia acompañe con sus palabras, sus oraciones y sus cánticos, mis restos mortales”. “Cuando el alma está sometida al Juicio de Dios, el Juicio de los hombres es ciego y profano” (163). ¿Mera estética? ¿Tradición? ¿Mentalidad conservadora? ¿Deseo de no escandalizar? ¿Afloraba una inquietud por la que su cerrazón no era completa? La respuesta más probable me parece que se encuentra en esta anotación sobre el hombre de honor: “A su muerte, mira la cruz con respeto, cumple todos sus deberes como cristiano como una fórmula y muere en silencio” (164).

El estudio de la historia en el siglo XIX estuvo marcado por la política. Historiadores, más o menos grandes, desde los más célebres a los más olvidados, se ocuparon de la historia para explicar y, a veces, afianzar, según sus respectivos partidismos, el presente en el que vivían que, muchos de ellos, contribuyeron a forjar, de lo que es paradigma Michelet (165). Especialmente ocurrió ésto con la Revolución francesa y la herencia de sus “principios”.

Esta utilización de la historia con afanes claramente partidistas para defender determinadas tesis del autor, también afectó a la literatura, lo que se aprecia claramente en la novela histórica y en el drama, si bien la primera se prestaba mejor a tal tarea. Así, Vigny, que utilizó la novela “histórica” para defender su superioridad aristocrática, presentando en *Cinq-Mars* (1826), primera novela histórica francesa de envergadura, una nobleza destruida por la monarquía, a pesar de que era su defensora natural; la misma tesis desarrollará en alguno de sus dramas y en *Stello* (1832), donde se presenta

(163) M. AMBRIÈRE, N. BASSET, L. CHOTARD y J. SANGNIER, *Alfred de Vigny et les siens...*, ed. cit., pág. 351.

(164) A. de VIGNY, Anotación de septiembre de 1854, *Journal*, en *Oeuvres complètes*, ed. cit., tomo II, pág. 1011.

(165) E. CANTERO, “Literatura, religión y política en la Francia del siglo XIX: Jules Michelet”, *Verba*, núm. 437-438, agosto-septiembre-octubre 2005, págs. 641-659.

la nobleza perseguida tanto por los reyes como por el pueblo, cuando genuinamente, se había sacrificado por aquellos y por éste. Y es que Vigny, como recuerda Picherot, quiso defender e ilustrar una tesis histórica y política (166). Y aunque es cierto que para ello se documentó bastante más que otros literatos posteriores (167), lo interesante no es tanto su base documental, ni siquiera la mayor o menor fidelidad de la narración con la historia, como *su* concepción de la novela histórica, *su* concepción del arte literario y su finalidad, la relación entre la verdad de los hechos acaecidos y la verdad del relato que es la que el autor transmite como auténtica con un propósito determinado. Y es que en Vigny, dominado por la imaginación (168), “las ideas importan más que los hechos” (169).

En sus *Réflexions sur la vérité dans l'art*, escrito en 1827 y publicado como nuevo prólogo a *Cinq-Mars*, al explicar su concepción del arte literario indica que el autor tiene que “hacer ceder, a veces, la realidad de los hechos ante la IDEA que cada uno [de los principales personajes] debe representar para la posteridad” (170); y es que entiende que hay una “diferencia” “entre la VERDAD del arte y lo CIERTO del hecho” (171), motivada, en parte, porque el hombre tiene dos necesidades en su corazón: “el amor de lo cierto y el amor de lo fabuloso” (172). Así, a su juicio, dado que a lo cierto de la historia le falta un encadenamiento del que pueda sacarse una conclusión moral, que es lo que el hombre desea (173), es aquí donde la libertad del escritor produce la obra de arte con su belleza ideal (174); por eso le está permitido apartarse de la verdad histórica para presentar el ideal. Así, la novela histórica puede ser independiente de la verdad de la historia, pues ésta no es más que un ins-

(166) Annie PICHEROT, “Notice”, en Alfred de VIGNY, *Cinq-Mars*, prólogo de Pierre Gascar y edición y notas de A. Picherot, Gallimard, Folio classique, París, 1999, pág. 544.

(167) Cfr. M. CITOLEUX, *Alfred de Vigny...*, ed. cit., págs. 69-124.

(168) F. GERMAIN, *L'imagination d'Alfred de Vigny*, ed. cit.

(169) M. EIGELDINGER, *Alfred de Vigny*, ed. cit., pág. 63.

(170) A. de VIGNY, “Réflexions...”, en *Cinq-Mars*, ed. cit., pág. 22.

(171) A. de VIGNY, “Réflexions...”, en *Cinq-Mars*, ed. cit., pág. 22.

(172) A. de VIGNY, “Réflexions...”, en *Cinq-Mars*, ed. cit., pág. 23.

(173) Cfr. A. de VIGNY, “Réflexions...”, en *Cinq-Mars*, ed. cit., pág. 23.

(174) Cfr. A. de VIGNY, “Réflexions...”, en *Cinq-Mars*, ed. cit., pág. 28.

trumento, el ropaje para revestir lo que el autor quiere presentar como auténtico, aunque no tenga nada que ver con la historia real. Vigny lo dice con toda claridad: “El arte no debe considerarse más que en sus relaciones con su BELLEZA IDEAL. Es preciso decir que lo que hay de CIERTO es secundario; no es más que otra ilusión con la que se adorna. Podría prescindirse de ello, ya que la VERDAD de la que debe nutrirse es *la verdad de observación de la naturaleza humana* y no *la autenticidad del hecho*” (175).

Sainte-Beuve, en temprana crítica, en 1826, le reprochó carecer de “la primera de las condiciones” para ser el Walter Scott francés, con el que se le había comparado, porque le faltaba “el sentimiento y la percepción de la realidad”, por lo que *Cinq-Mars* “era un fracaso en cuanto histórico”, pues Vigny “altera y falsea la historia”, de modo que “nada de lo que es historia es exacto, nada es percibido naturalmente ni simplemente logrado”, pues todo lo ve a través de un prisma de cristal que lo transforma todo (176).

No estaba, pues, desencaminado Lauvrière cuando indicaba que para Vigny, la historia “no es más que materia moldeable de símbolos, pretexto para realizaciones alegóricas, tanto de esa <<belleza ideal>> que es el sueño del poeta, como de esa <<verdad intelectual>> que es la meta del filósofo” (177).

Aunque la ocasión y el protocolo exigían otra cosa, no andaba perdido el conde Molé (178) cuando en su respuesta al discurso de ingreso de Vigny en la Academia Francesa —al parecer estimulado por Sainte-Beuve (179), que le profesaba una marcada hostilidad (180)-,

(175) A. de VIGNY, “Réflexions...”, en *Cinq-Mars*, ed. cit., págs. 28-29.

(176) C. A. SAINTE-BEUVE, *Nouveaux Lundis*, ed. cit., tomo VI, págs. 414, 415 y 421; *Portraits contemporains*, ed. cit., tomo I, págs 337, nota y 523-527.

(177) E. LAUVRIÈRE, *Alfred de Vigny. Sa vie...*, ed. cit., tomo I, págs. 179-180.

(178) Conde MOLE, “Respuesta al Discurso de Alfred de Vigny”, en A. de Vigny, *Oeuvres Complètes*, ed. cit., tomo I, pág. 975.

(179) E. DUPUY, *Alfred de Vigny...*, ed. cit., pág. 141.

(180) Fernande BARTFELD, *Sainte-Beuve et Alfred de Vigny, Archives des Lettres Modernes*, núm. 115, 1970 (7). Sus diferencias, de las que la de Vigny fue respuesta a la previa del crítico, procedían de la radical divergencia en el modo de entender la verdad en cuestiones de arte y la forma de entender la crítica que Vigny limitaba a la obra excluyendo al autor. Con todo, trasluce la envidia de Sainte-Beuve hacia Vigny (págs. 24-34).

le reprochó que se podía hacer novela histórica “sin menoscabo de la verdad y sin atentar contra la moralidad de la historia” (181).

Molé, sin duda como justificación de su propia conducta, se erigió en defensor del Imperio, al que Vigny había criticado en su discurso. Pero, sobre todo, desacreditó la obra en prosa de Vigny, *Cinq-Mars, Servitude et Grandeur militaire, Chattenton* y *Stello* (182), omitiendo toda referencia al poeta, concluyendo que la gloria auténtica no es la inminente que concede el público, sino que tal gloria espera para honrar a aquellos escritores que beben en la fuente de las verdades eternas (183). Fue “una ejecución de la obra y de la persona de Vigny” (184), y éste lo sintió e interpretó como una afrenta que nunca olvidó (185).

Con Vigny se verifica, pues, un ejemplo de instrumentación de la historia por la literatura, realizada, no como objeto de entretenimiento o de goce estético, sino como transmisor de una idea determinada. Hugo, del que me ocuparé en otro lugar, hizo lo mismo en sus novelas, especialmente en *Mil setecientos noventa y tres*. Pero si el lector culto puede discernir con claridad que la obra es ficción, sin embargo, para el lector común es verdadera novela *histórica*, es decir, historia aunque relatada como novela (186).

Tocado por la “enfermedad del romanticismo”, la hipertrofia del yo y por el “narcisismo” (187), de la vanidad de Vigny da cuenta esta

(181) Sin embargo, años más tarde, privadamente, en carta a la condesa Kossakovskaia, de 2 de agosto de 1847, criticaba *Los girondinos* con estas palabras: “No, no está ahí la Imparcialidad y el genio de un Historiador no consiste en ser tan imparcial que de encanto tanto al crimen como a la virtud. El genio es parcial a favor de *lo justo* contra la injusticia y no capitula jamás con las concepciones asesinas hasta disfrazarlas” (A. de VIGNY, “Do uzelettres inédites”, *Europe*, núm. 589, mayo 1978, pág. 55).

(182) Conde MOLE, “Respuesta al Discurso de Alfred de Vigny”, en A. de Vigny, *Oeuvres Complètes*, ed. cit., tomo I, págs. 976, 975, 976 y 977.

(183) Conde MOLE, “Respuesta al Discurso de Alfred de Vigny”, en A. de Vigny, *Oeuvres Complètes*, ed. cit., tomo I, pág. 979.

(184) Y. LEGRAND, *Le sentiment de culpabilité d'Alfred de Vigny...*, ed. cit., pág. 148.

(185) A de VIGNY, “L’Affaire de l’Académie”, en *Mémoires inédits...*, ed. cit., págs. 183-304; L. SABOURIN, *Alfred de Vigny et l’Académie Française...*, ed. cit., págs. 395-485.

(186) Boerebach salva, en parte, a Vigny su racionalismo idealista pues entiende que se encaminaba a un fin noble y moralizador (B. M. BOEREBACH, *Le rationalisme mystique d'Alfred de Vigny dans...*, ed. cit., págs. 56-58).

(187) E. LAUVRIERE, *Alfred de Vigny. Sa vie...*, ed. cit., tomo II, pág. 89.

opinión de sí mismo: “Después de mí desaparecerá ese nombre que, antes de mí era desconocido y que sólo se pronunció en voz alta por el país desde que yo lo llevé” (188). Pensamiento recurrente y con el que debía deleitarse, pues repite la idea en diversos momentos. Así, el 8 de marzo de 1856, anota: “Soy el primero famoso y el último de mi nombre” (189). Y en 1863, en un poema compuesto a su mayor gloria, escribe (190): “He hecho ilustre un nombre que me transmitieron sin gloria. Que sea antiguo, ¿qué importa? De él no habrá memoria más que desde el día que mi frente lo llevó” (191). El orgullo y la ambición, junto a la piedad hacia los demás y la filantropía, son aspectos de su personalidad destacados por sus biógrafos (192).

Como muchos de aquellos románticos, esperaba, porque se creía superior a todos, que fuera reconocida tal superioridad. Como observó Legrand, Vigny, por la intermediación de Villemain, “ve su obra literaria colocada por encima de la de sus rivales” (193). En efecto, Vigny pone en boca de Villemain: “He citado siempre vuestras poesías, más originales que las de los dos poetas que son, con usted, los jefes de la escuela moderna. Más profundas en pensamiento que las de Lamartine, mejor compuestas, más puras en diseño y forma que las de Victor Hugo” (194).

El desengaño de la realidad le produjo un desencanto y un pesimismo que nunca le abandonaron (195): “La esperanza es la

(188) A. de VIGNY, *Mémoires inédits*, ed. cit., pág. 36.

(189) A. de VIGNY, *Journal*, en *Oeuvres Complètes*, ed. cit., tomo II, pág. 1319.

(190) A. de VIGNY, “L'Esprit pur”, en *Oeuvres Complètes*, ed. cit., tomo I, pág. 220.

(191) A pesar de esa vanidad, la fatuidad con que le retrata Sainte-Beuve en *Mes Poisons*, debe ponerse en solfa, no solo por la acerada pluma que destiló en ella su autor, ni únicamente por la hostilidad del crítico hacia el poeta, sino por la pésima educación de la que habría hecho gala Vigny, lo cual parece poco creíble (C. A. SAINTE-BEUVE, *Mes Poisons*, prólogo de Pierre Drachline, José Corti, Mayenne, 1988, págs. 259-262).

(192) P. VIALLANEIX, *Vigny...*, ed. cit., págs. 25, 69 y 142.

(193) Y. LEGRAND, *Le sentiment de culpabilité d'Alfred de Vigny...*, ed. cit., pág. 294.

(194) A. de VIGNY, *Mémoires inédits*, ed. cit., pág. 214.

(195) Boerebach entendió que no fue un pesimista auténtico porque no se dejó dominar por él (B. M. BOEREBACH, *Le rationalisme mystique d'Alfred de Vigny dans...*, ed. cit., págs. 112-118). Análoga idea expresó Whitridge al escribir que “quien creía, como Vigny, tan profundamente en el valor del esfuerzo, difícilmente podría ser un auténtico pesimista” (A. WHITRIDGE, *Alfred de Vigny*, ed. cit., pág. 183).

mayor de nuestra locuras” y “la causa de todas nuestras debilidades” (196). “No hay más que una doctrina sabia que predicaré toda mi vida: la desesperación misericordiosa y paciente” (197). “La esperanza es la fuente de todas nuestras cobardías” (198). A juicio de Faguet (199), el consuelo de su desesperación lo encontró en el orgullo (200) y Truc consideró que le condujo a un escepticismo y a un pesimismo, tan amargo como rencoroso (201). “Su mensaje de resignación y de valentía” que algunos autores destacan en la mayor parte de su obra (202), no es auténtico debido a la desesperación que fluye de su obra.

Aunque su obra fue celebrada no alcanzó la fama a la que se creía acreedor —¡menudos contrincantes tenía!-, ni el reconocimiento de la primogenitura en la renovación literaria. También se consideró relegado por los Borbones que no le ofrecieron lo que creía merecer (203), no olvidando nunca no haber sido invitado a la coronación de Carlos X (204). Al principio de los años veinte “había esperado ser el general del ejército romántico; pero no era más que otro miembro del <<cenáculo>> de Víctor Hugo” (205).

Haber precedido a Hugo en la poesía —su colección de *Poemas* se anticipó en algunos meses a las *Odas* de Hugo-, en el drama —con la representación de su traducción de *Otelo* un año antes del estreno de *Hernani*-, en la novela —*Cinc-Mars* se publicó cinco años antes que *Notre Dame*- y hasta en el anuncio y explicación de una nueva

(196) A. de VIGNY, *Journal d'un poète*, ed. cit., págs. 28 y 66.

(197) A. de VIGNY, *Journal*, en *Oeuvres Complètes*, ed. cit., tomo II, pág. 955.

(198) A. de VIGNY, *Journal*, en *Oeuvres Complètes*, ed. cit., tomo II, pág. 957.

(199) E. FAGUET, *Dix-neuvième siècle. Études littéraires*, ed. cit., pág. 130.

(200) Para Boerebach el orgullo no fue un defecto de Vigny (B. M. BOEREBACH, *Le rationalisme mystique d'Alfred de Vigny dans...*, ed. cit., págs. 102-108).

(201) GONZAGUE TRUC, *Histoire de la Littérature catholique contemporaine*, trad. esp., *Historia de la Literatura católica contemporánea (de lengua francesa)*, Gredos, Madrid, 1963, pág. 35.

(202) ALAIN VAILLANT, JEAN-PIERRE BERTRAND y PHILIPPE RÉGNIER, *Histoire de la Littérature Française du XIXe siècle*, 2ª, ed., Presses Universitaires de Rennes, Rennes, 2006, pág. 133.

(203) Durante la revolución de 1830, escribe: “Trece años de servicios mal recompensados me han liberado de mi compromiso con los Borbones” (A. de VIGNY, *Journal d'un poète*, ed. cit., pág. 46; cfr. pág. 48).

(204) G. SAINT BRIS, *Alfred de Vigny ou...*, ed. cit., pág. 127).

(205) P. G., CASTEX, *Vigny. L'homme et l'oeuvre*, ed. cit., pág. 23; véase G. SAINT BRIS, *Alfred de Vigny...*, ed. cit., págs. 152-153.

estética romántica – sus *Reflexions sur la verité dans l'art*, prólogo a *Cinc-Mars*, se anticiparon al prólogo de *Cromwell*-, no le sirvió de nada. La crítica no le acogió ni como el primero, ni como el más grande, ni como el jefe (206).

Como Vigny explicaría quince años después de sus *Reflexiones*, *Moisé* no era más que una alegoría o un símbolo: “Mi Moisés no es el de los judíos. Este gran nombre no sirve más que para enmascarar a un hombre de todos los siglos, más moderno que antiguo: el hombre genial, harto de su eterna viudez y desesperado de ver su soledad más vasta y más árida a medida que crece. Cansado de su grandeza desea la nada. Esta desesperación no es judía ni cristiana y quizá sea un criminal movimiento, pero, tal cual, me parece que no carece de verdad ni de elevación” (207). A Augusta Bouvard le escribía en 1862: “¿No ves que Moisés es el símbolo de toda la desgracia y del tedio que darían a un solo hombre todos los Poderes y todos los Imperios, todos los dones que no dejamos de desear? Es la *Veuve* del Genio que le aplasta, la soledad absoluta a la que le condena su grandeza que le hace tan gigantesco, que es desproporcionado respecto a todas las almas humanas a las que domina” (208). Sin duda, él era uno de esos genios, desesperado por falta de reconocimiento. Pero como observó Lasserre, tal situación, ¿era fruto de la genialidad, misteriosa y por encima de los demás mortales o, más bien, obedecía a un exceso de autoestima, de sensibilidad morbosa, de impotente orgullo, de espíritu triste? (209).

(206) Según Menéndez Pelayo, de tal <<incomprensión>>, tuvo parte de culpa el poeta, voluntariamente encerrado “en su *torre de marfil*”, “complaciéndose en una especie de aislamiento solitario”, que no era otra cosa que “un fondo incurable (...) de soberbia impotente, de desesperación sombría (...) de *nihilismo moral*” (Marcelino MENENDEZ PELAYO, *Historia de las ideas estéticas en España*, CSIC, Madrid, 1994, vol. II, págs. 788-789).

Hace tiempo que el aislamiento de la torre de marfil se considera que fue una maledicencia de Sainte-Beuve; y Marchal puso de manifiesto que en sus relaciones no se distinguió de los demás escritores de su tiempo (Sophie MARCHAL, “Les Salons et le clientélisme littéraire: le cas Vigny”, *Revue d'Histoire Littéraire de la France*, año 98, núm. 3, mayo-junio 1998, págs. 385-401).

(207) Citado por Pierre LASSERRE, *Le Romantisme Français*, Société du Mercure de France, París, 1907, pág. 295.

(208) A. de VIGNY, “Carta a Augusta Bouvard de 10 de marzo de 1862, citado por A. TOESCA, *Un dernier amour...*, ed. cit., págs. 107-108.

(209) Cfr. P. LASSERRE, *Le Romantisme Français*, ed. cit., pág. 296.

Tal <<fracaso>> por no ser el número uno, que para otros que no hubieran sido tocados por el mal del romanticismo habría supuesto un éxito, junto a su rechazo de la fe, le llevó a la desesperanza (210) -“una desesperación tranquila, escribía, sin convulsiones coléricas ni reproches al cielo, es la sabiduría misma” (211)-, y al desprecio de todas las cosas, que sólo podía concebir quien se pretendiera <<superior>>: “*Desesperer de tout et tout mépriser dans la vie*”, anotó en su *Diario* en mayo de 1832 (212).

Ese sentimiento de pertenecer a la preeminencia de los hombres superiores lo vivió desde muy joven, pues en 1829 anotaba en su *Diario*: “Someter el mundo al dominio sin límites de los espíritus superiores en los que reside la mayor parte de la inteligencia divina ha de ser mi meta y la de todos los hombres fuertes actuales” (213). Al mismo tiempo, como escribe en 1830, esa superioridad se alimenta de sí mismo: “un artista no debe y no puede amar más que a sí mismo. Es la manifestación de una superioridad, es una facultad” (214). “El hombre fuerte debe concentrarse totalmente en la meditación solitaria y no dispersarse en las improvisaciones de una tribuna” (215). En 1840, refiriéndose a su adolescencia, indicaba: “sentía en mi un invencible deseo de producir algo grande y de ser grande por mis obras” (216). Ese *ego* superlativo aflora, terrible, en el consejo del doctor Negro a Stello: no dejarse llevar por la debilidad que puede generar cansarse de “replegarse sobre sí mismo”, sino que hay que “vivir de la propia esencia, alimentarse plena y gloriosamente en soledad” (217). Y en su Discurso de Ingreso en la Academia,

(210) Montégut, en 1867, estimó que esa desesperación no traía causa de que creyera que “su celebridad no era igual a su mérito”, sino de su “incredulidad” (E. MONTEGUT, *Nos morts...*, ed. cit., págs. 342 y 346).

(211) A. de VIGNY, *Journal d'un poète*, ed. cit., pág. 31. Antes había escrito: “Es absolutamente necesario aniquilar en el corazón del hombre la esperanza” (A. de VIGNY, *Journal d'un poète*, ed. cit., pág. 31).

(212) A. de VIGNY, *Journal*, en *Oeuvres Complètes*, ed. cit., tomo II, pág. 949.

(213) A. de VIGNY, *Journal*, en *Oeuvres Complètes*, ed. cit., tomo II, pág. 897.

(214) A. de VIGNY, *Journal*, en *Oeuvres Complètes*, ed. cit., tomo II, pág. 904.

(215) A. de VIGNY, *Journal*, en *Oeuvres Complètes*, ed. cit., tomo II, pág. 905.

(216) A. de VIGNY, *Journal*, en *Oeuvres Complètes*, ed. cit., tomo II, pág. 1262.

(217) Alfred de VIGNY, *Stello*, en *Oeuvres Complètes*, ed. cit., tomo I, pág. 689.

contrapuso el *Pensador*, sin duda alguna retrato de sí mismo (218), al *Improvisador* (219).

El reproche que años más tarde el P. Gratry hará a los jóvenes *normaliens* que en plena adolescencia perdían la fe tras un análisis de sus creencias (220), me parece que es de aplicación al joven Vigny. Fatuidad sin límites en quienes, ni por su edad, ni por su formación, ni por sus conocimientos, estaban en condiciones de someter su fe a un examen medianamente serio de las razones para dejar de creer. Pero, también, influjo de la mala vida. Desde el despertar de su enervada voluptuosidad, Vigny no dejó de tener amantes hasta el final de su vida, traicionando con ello sus obligaciones matrimoniales y “su” amor a su esposa. Y el reproche moral por tal comportamiento que lleva aparejada la fe ¿no habrá sido un motivo para rechazarla?

Esa obstinación en la desesperación (221), esa perseverancia nihilista en lo religioso, esa voluntad irreductible y cerril que, aparentemente, cegó, hasta el umbral de su muerte, sus ojos a la luz divina, sin que su pensamiento fuera capaz de olvidar a Dios, combatiéndole, fue la penitencia que le acompañó toda su vida (222).

(218) B. de LA SALLE, *Alfred de Vigny*, ed. cit., pág. 226.

(219) A. de VIGNY, en *Oeuvres Complètes*, ed. cit., pág. 948.

(220) François LEGER, *La jeunesse d'Hippolyte Taine*, prólogo de Philippe Aries, Editions Albatros, Paris, 1980, págs. 121-122.

(221) M. TOESCA, *Vigny ou...*, ed. cit., pág. 135.

(222) Si Vigny ha tenido múltiples críticos favorables, tampoco han faltado los juicios desfavorables. De entre los autores ya citados, el de Vigón que le caracterizó, fijándose en *Servidumbre*, como “producto típico del romanticismo: arbitrario, ardiente, contradictorio, imaginativo y falso” (J. VIGON, *El espíritu militar español*, ed. cit., pág. 223), caracterización no muy lejana del juicio de Germain: “mezcla de amarga humillación, de envidia, de resentimiento, del sentimiento de su insuficiencia, de la impresión de ser víctimas de sus padres y de la suerte” (F. GERMAIN, *L'imagination d'Alfred de Vigny*, ed. cit., pág. 82).